ETC.
Investigación y reportajes
Página/12

AL CALOR DEL DOLAR

LA PLATA SE DERRITE



El amor por el dinero encierra una terrible paradoja: cuando menos vale, más se piensa en tenerlo, invertirlo, usarlo. Comprar. En tiempos difíciles, el dólar se convierte en el motivo por el cual alguna gente se vuelve loca, se corrompe o se suicida, mientras otros, simplemente, sueñan con acumular los millones necesarios para controlar su cotización.

Por José Luis Samaniego

El problema es conseguir el primer millón de dólares. Pero una vez superado ese obstáculo el resto no es difícil. El millón puede reproducirse a través de diversos mecanismos que en este país le permiten al eventual poseedor concretar una fantasía: la tasa de interés propia. Es que un "operador", un comerciante de divisas con ese millón de dólares en mano, o, mejor aún, a quien le crean que tiene o puede tener ese millón, goza de poder suficiente como para influir en los mercados y en los precios de los activos financieros claves como el dólar.

En la Argentina el mercado paralelo o libre es muy reducido. De acuerdo con una investigación sobre concentración bancaria y grupos económicos del país, financiada por la Comunidad Económica Europea, el mercado libre del dólar (el que excluye el comercio exterior y una pocas operaciones más dominadas por el mercado oficial) mueve "alrededor de 20 millones de dólares diarios" y "la cantidad en poder de los particulares se calcula en 6 o 7 mil millones de dólares". Otros economistas, en cambio, estiman que las operaciones en el mercado libre del dólar no superan los cinco millones diarios, lo cual ratifica la vulnerabilidad de este mercado a las actividades especulativas.

Los principales operadores son, según la investigación, las "grandes empresas oligopólicas —como por ejemplo cualquiera de las de los capitanes de la industria— locales o extranjeras, y los bancos privados y extranjeros del sistema financiero oficial. Además encontramos compañías financieras, casas de cambio, extrabursátiles, etc.".

Alfredo Concepción, ex presidente del Banco Central, declaró en 1985 que "más de dos tercios de las cincuenta empresas líderes del sector manufacturero han cerrado sus balances de los últimos tres ejercicios con mayores beneficios por realización de operaciones financieras que por las propias de su objeto principal".

La devaluación del austral, para quien mantiene parte de su dinero en dólares, tiene el mismo efecto que una tasa de interés. Si a principios de mes el dólar vale 5 australes y a fines de ese período 6, rinde una "tasa de interés" del 20 por ciento mensual. Cualquier evento en el mercado del dólar adquiere una enorme importancia porque, según aclara la mencionada investigación, los particulares

y Publicidad en Montevideo 527 Piso 3. Teléfonos 40-4892/4657/497. Impresión: ...



mantienen en dólares una cantidad que oscila entre los 15 mil y los 25 mil millones, mientras que los depósitos en cuentas corrientes y a plazos en los bancos —el resto del dinero en poder de particulares— se estima entre 6 y 12 mil millones de dólares en su equivalente nacional.

Volviendo al hipotético millón del ejemplo inicial, si se lo bombea diariamente en el mercado libre puede producir un rendimiento que tiene como principio la vieja regla mercantil de comprar barato y vender caro. Se compran, por ejemplo, dólares a la mañana, cuando la cotización abre baja o "con falta de tono". La inyección del millón en el mercado libre tiende a generar la impresión de un brusco aumento en la demanda del dólar, lo que eleva su cotización y logra atraer a quienes, previendo más alzas aún, deciden comprar la divisa antes de que siga aumentando. Si se ha producido una corriente de compradores autónomos es hora de empezar a vender lo comprado previamente, pero a un precio que ahora es mayor. La situación se revierte: el resultado es un dólar que tiende a bajar, aunque generalmente al final de la jornada cierra con una cotización algo superior a aquella con la que abrió el día.

La ganancia del millón, o su "tasa de interés" del día, es la diferencia en australes entre su cotización cuando se compraron las divisas y la del momento de la venta. Esta primera forma de tasa de interés depende entonces de la posibilidad de generar la sensación de demanda y revertirla posteriormente.

Volver al futuro

Una segunda versión de la tasa de interés propia, que generalmente se suma a la primera, deriva de la compra a futuro de divisas, que refleja más claramente el escenario de expectativas inducidas por los operadores. Se trata de pactar un precio para la compra de dólares con una fecha estipulada, generalmente el último día hábil del mes. La operación tiene como objetivo, para quienes suelen ser deudores en dólares, asegurar una cierta cantidad de divisas pagando una prima y evitando posibles fluctuaciones en el futuro. Una forma de planificación financiera.

El poseedor del millón del ejemplo hace una apuesta al precio al cual cree que cerrará el tipo de cambio en la fecha pactada. Si hoy el dólar se cotiza en 5 australes puede calcular, por ejemplo, que dada la inflación y la especulación esperada puede venderse en 6 australes el mes siguiente. Sin embargo, dada su posibilidad de influir en los precios diarios del mercado y por ende en los pisos a los que abrirá el dolar cada día, intentará usar esa capacidad para que la cotización del día en que debe entregar los australes para recibir los dólares sea superior a los 6 australes pactados, por ejemplo 6,50. Llegado el día del vencimiento si su gestión resultó exitosa pagará por el millón de dólares los seis millones de australes acordados, pero como ese monto se cotiza en plaza a seis millones 500 mil australes, obtendrá una ganancia de medio millón de australes por la operación. Es la segunda tasa de interés.

Si el millón de la historia no sólo compra dólares sino que tiene la alternativa de adquirir, por ejemplo, bonex, sumará también la tasa en dólares que ofrece el Estado.

Por un cambio libre

El gabinete económico suele aumentar el tipo de cambio oficial cuando se incrementa el tipo libre por varias razones. Si el mercado libre se separa demasiado del oficial, los exportadores e importadores tienden a producir una mayor fuga de capitales a través de la sobre y subfacturación, que además alimenta el mercado libre y favorece la dolarización de las transacciones monetarias. La subfacturación consiste en falsificar las facturas para demostrar a las autoridades del Banco Central que las exportaciones han sido menores a las reales. Las diferencias con lo vendido pueden liquidarse en el mercado libre a un precio superior por la brecha entre el tipo oficial y el paralelo.

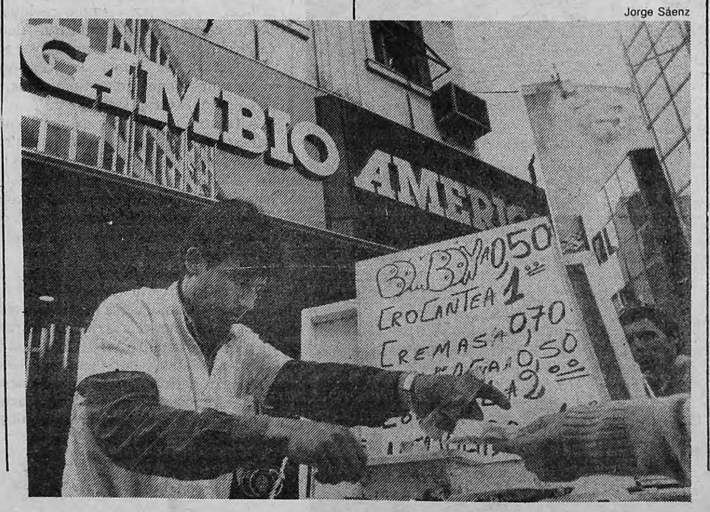
En el caso de la sobrefacturación, se realiza un acuerdo con el proveedor de las compras en el exterior, por el cual se consigna una cifra superior a la pagada, que permite girar al exterior —con autorización del Banco Central— la suma equivalente a la diferencia entre lo declarado y lo realmente pagado, que va a parar a la cuenta privada del importador. Esas divisas pueden reingresar al país para ser liquidadas a la cotización que ofrece el mercado libre. Si el hipotético millón, además de especular en el mercado libre es un agente económico ligado al comercio exterior, puede sumar a las dos tasas de interés descriptas la que le reditúa el aumento del tipo de cambio oficial.

El gobierno puede verse obligado a aumentar el tipo de cambio oficial por otros dos motivos. Si debe pactar con el Fondo Monetario Internacional un desembolso de créditos, éstos no se librarán hasta que ese organismo considere que se está siguiendo una política cambiaria adecuada, lo cual equivale a que la brecha cambiaria no sea mayor a la que consideran razonable. O bien los operadores pueden saber de antemano que las cuentas del sector externo no cerrarán y el gobierno necesitará dólares. Esto aumenta la presión para incentivar a los exportadores a liquidar sus divisas y evitar la fuga hacia el exterior, el turismo agresivo y el contrabando, todo ello producto de un dólar demasiado barato. En todos los casos el efecto es el mismo: la brecha cambiaria entre las dos cotizaciones se debe reducir aumentando el tipo de cambio oficial.

El millón del modelo puede servir, no sólo para comprar dólares o bonex, sino también los bonos de la deuda interna cuya cotización está ligada a la del tipo de cambio oficial, como el TIDOL. Cada aumento en el tipo de cambio oficial es una tasa de interés adicional.

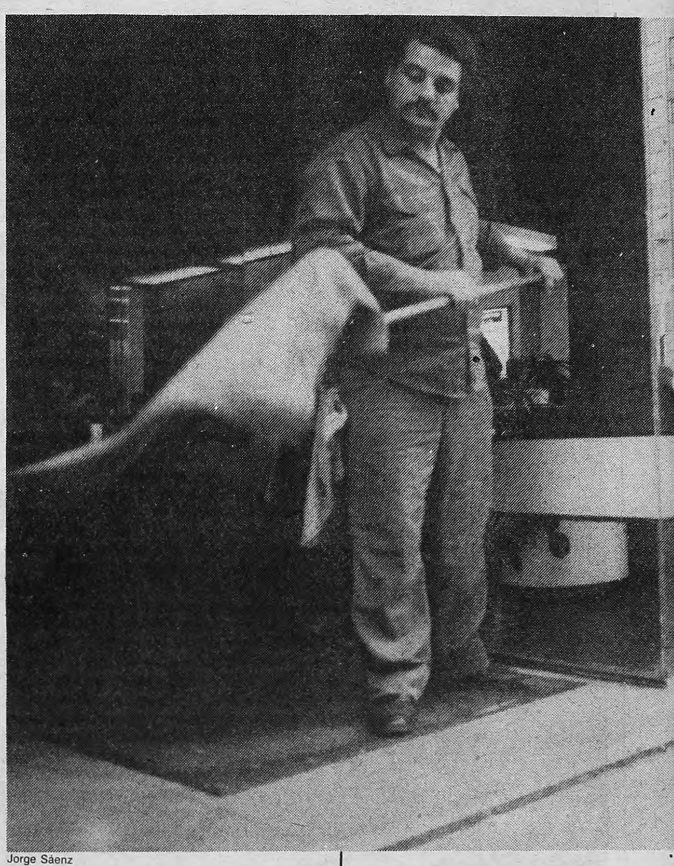
Quien ha logrado conseguir el primer millón de dólares tiene entonces múltiples posibilidades. La "tasa de interés propia" lograda tiene, como se desprende de cada caso, un peso significativo en el resto de la política económica oficial. Un ejemplo para la producción.

Jorge Sáenz



Especulación en la City

LA MESA ESTA SERVID



Jorge Sáenz

Por Adriana Schettini

El ascensor llega al octavo piso. Una puerta de vidrio ofrece la transparencia hasta el límite de lo conveniente. Adentro, la recepcionista de voz opaca y modales aprendidos ensaya una mueca con pretensiones de sonrisa.

—¿De parte de quién viene? —interroga sin abandonar la voz del contestador telefónico.

—Bueno... un amigo de un primo... no recuerdo exactamente el nombre —se disculpa el cliente novato.

—Si no es por recomendación, no atendemos —sentencia la empleada.

La condición de periodista y la promesa de no publicar nombres, resultan claves para lograr atravesar la recepción. La escala siguiente es una coqueta sala de espera. Mullidos sillones con almohadones blanditos y celestes; una voz femenina que canta seductora *"I get round you"...;* y un cenicero que parece destinado a albergar las colillas de los cigarrillos fumados por toda la humanidad desde el comienzo de los tiempos, representan una escenografía contradictoria con este lugar por el que pasa muy poca gente y en el que nadie permanece más de los ocho o diez minutos necesarios para cerrar el trato.

Finalmente, una cortina gris de tipo americano se descorre y un vidrio —tan transparente como el de la entrada— desnuda en muda imagen el secreto de una mesa de dinero. Entonces, se establece un trato que autoriza a la cronista a contemplar lo que sucede dentro pero sin escuchar, y los operadores de esta extrabursátil jugarán a no sentirse observados.

La codiciada mesa de dinero es rectangular, de fórmica verde y diez aparatos con botones rojos *—posiciones,* en la jerga local— que permiten satisfacer la urgencia en la comunicación. A partir de las 11.30, durante cinco horas los operadores ocupan las sillas giratorias negras desde las que resuelven compraventa de dólares al contado, bonos, y la cada vez más frecuente, *venta de dólares a término.* En otra extrabursátil de la zona la mesa tiene forma de plato volador y desde allí cincuenta operadores se distraen mirando el río a través de los ventanales de la torre ubicada sobre la Galería Jardín en la calle Florida. Hay mesas octogonales, cuadradas, más grandes, más angostas o bajas. En realidad, la forma de la mesa no es lo relevante. En cambio, sí lo es la cantidad de líneas telefónicas que mediante conexiones punto a punto comunican, sin dilemas de privatización, engrudo y protesta, a los operadores con otras mesas, con bancos, con los principales clientes y con los corredores. La maraña de cables que surcaba el cielo del microcentro hasta que el plan Finantel o "Megatel para la City" comenzó a reemplazarla por conductos subterráneos, constituye el vaso comunicante esencial para la especulación.

—Es increíble: el tipo levanta el tubo, pide con Singapur y se comunica al instante —asegura con cierto candor un novato en el tema.

—Eso es sólo la fantasía de la gente. ¿Qué Singapur? Aquí todo se resuelve en diez cuadras a la redonda. La vida financiera se decide en la City —aclara un empleado de una mesa de dinero de propiedad de ex funcionarios de la última dictadura militar.

Los valores que se manejan pueden significar un súbito enriquecimiento millonario o una ruina patrimonial irrecuperable que serán comentados en el ambiente como hazañas o desgracias que tarde o temprano podrán sentirse en carne propia.

Problemas de alto vuelo

El verano pasado la extrabursátil *Mihanovich* ganó un lugar en el frívolo mundillo de Punta del Este. Entonces su sorpresiva quiebra con la consiguiente pérdida multimillonaria en operaciones de compraventa de dólares a futuro, fue desmenuzada una y otra vez en las reposeras de las playas uruguayas. En esa mesa, habían especulado con que en diciembre de 1986 el dólar marginal se cotizaría cerca de 1,20 australes y pactaron operaciones de venta a término a un valor de 1,30 australes por dólar para dicho mes, con la certeza de que harían una suculenta dife-



mantienen en dólares una cantidad que oscila entre los 15 mil y los 25 mil millones, mientras que los depósitos en cuentas corrientes y a plazos en los bancos —el resto del dinero en poder de particulares— se estima entre 6 y 12 mil millones de dólares en su equivalente nacional.

Volviendo al hipotético millón del ejemplo inicial, si se lo bombea diariamente en el mercado libre puede producir un rendimiento que tiene como principio la vieja regla mercantil de comprar barato y vender caro. Se compran, por ejemplo, dólares a la mañana, cuando la cotización abre baja o "con falta de tono". La inyección del millón en el mercado libre tiende a generar la impresión de un brusco aumento en la demanda del dólar, lo que eleva su cotización y logra atraer a quienes, previendo más alzas aún, deciden comprar la divisa antes de que siga aumentando. Si se ha producido una corriente de compradores autónomos es hora de empezar a vender lo comprado previamente, pero a un precio que ahora es mayor. La situación se revierte: el resultado es un dólar que tiende a bajar, aunque generalmente al final de la jornada cierra con una cotización algo superior a aquella con la que abrió el día.

La ganancia del millón, o su "tasa de interés" del día, es la diferencia en australes entre su cotización cuando se compraron las divisas y la del momento de la venta. Esta primera forma de tasa de interés depende entonces de la posibilidad de generar la sensación de demanda y revertirla posteriormente.

Volver al futuro

Una segunda versión de la tasa de interés propia, que generalmente se suma a la primera, deriva de la compra a futuro de divisas, que refleja más claramente el escenario de expectativas inducidas por los operadores. Se trata de pactar un precio para la compra de dólares con una fecha estipulada, generalmente el último día hábil del mes. La operación tiene como objetivo, para quienes suelen ser deudores en dólares, asegurar una cierta cantidad de divisas pagando una prima y evitando posibles fluctuaciones en el futuro. Una forma de planificación financiera.

El poseedor del millón del ejemplo hace una apuesta al precio al cual cree que cerrará el tipo de cambio en la fecha pactada. Si hoy el dólar se cotiza en 5 australes puede calcular, por ejemplo, que dada la inflación y la especulación esperada puede venderse en 6 australes el mes siguiente. Sin embargo, dada su posibilidad de influir en los precios diarios del mercado y por ende en los pisos a los que abrirá el dolar cada día, intentará usar esa capacidad para que la cotización del día en que debe entregar los australes para recibir los dólares sea superior a los 6 australes pactados, por ejemplo 6,50. Llegado el día del vencimiento si su gestión resultó exitosa pagará por el millón de dólares los seis millones de australes acordados, pero como ese monto se cotiza en plaza a seis millones 500 mil australes, obtendrá una ganancia de medio millón de australes por la operación. Es la segunda tasa de interés.

Si el millón de la historia no sólo compra dólares sino que tiene la alternativa de adquirir, por ejemplo, bonex, sumará también la tasa en dólares que ofrece el Estado.

Por un cambio libre

El gabinete económico suele aumentar el tipo de cambio oficial cuando se incrementa el tipo libre por varias razones. Si el mercado libre se separa demasiado del oficial, los exportadores e importadores tienden a producir una mayor fuga de capitales a través de la sobre y subfacturación, que además alimenta el mercado libre y favorece la dolarización de las transacciones monetarias. La subfacturación consiste en falsificar las facturas para demostrar a las autoridades del Banco Central que las exportaciones han sido menores a las reales. Las diferencias con lo vendido pueden liquidarse en el mercado libre a un precio superior por la brecha entre el tipo oficial y el paralelo.

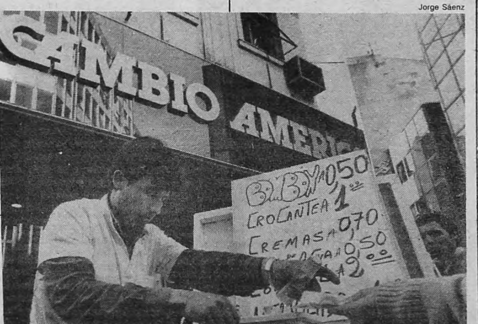
En el caso de la sobrefacturación, se realiza un acuerdo con el proveedor de las compras en el exterior, por el cual se consigna una cifra superior a la pagada, que permite girar al exterior —con autorización del Banco Central— la suma equivalente a la diferencia entre lo declarado y lo realmente pagado, que va a parar a la cuenta privada del importador. Esas divisas pueden reingresar al país para ser liquidadas a la cotización que ofrece el mercado libre. Si el hipotético millón, además de especular en el mercado libre es un agente económico ligado al comercio exterior, puede sumar a las dos tasas de interés descriptas la que le reditúa el aumento del tipo de cambio oficial.

El gobierno puede verse obligado a aumentar el tipo de cambio oficial por otros dos motivos. Si debe pactar con el Fondo Monetario Internacional un desembolso de créditos, éstos no se librarán hasta que ese organismo considere que se está siguiendo una política cambiara adecuada, lo cual equivale a que la brecha cambiaria no sea mayor a la que consideran razonable. O bien los operadores pueden saber de antemano que las cuentas del sector externo no cerrarán y el gobierno necesitará dólares. Esto aumenta la presión para incentivar a los exportadores a liquidar sus divisas y evitar la fuga hacia el exterior, el turismo agresivo y el contrabando, todo ello producto de un dólar demasiado barato. En todos los casos el efecto es el mismo: la brecha cambiaria entre las dos cotizaciones se debe reducir aumentando el tipo de cambio oficial.

El millón del modelo puede servir, no sólo para comprar dólares o bonex, sino también los bonos de la deuda interna cuya cotización está ligada a la del tipo de cambio oficial, como el TIDOL. Cada aumento en el tipo de cambio oficial es una tasa de interés adicional.

Quien ha logrado conseguir el primer millón de dólares tiene entonces múltiples posibilidades. La "tasa de interés propia" lograda tiene, como se desprende de cada caso, un peso significativo en el resto de la política económica oficial. Un ejemplo para la producción.

Jorge Sáenz



Especulación en la City

LA MESA ESTA SERVIDA



Jorge Sáenz

Gustavo Gilabert

Por Adriana Schettini

El ascensor llega al octavo piso. Una puerta de vidrio ofrece la transparencia hasta el límite de lo conveniente. Adentro, la recepcionista de voz opaca y modales aprendidos ensaya una mueca con pretensiones de sonrisa.

—¿De parte de quién viene? —interroga sin abandonar la voz del contestador telefónico.

—Bueno... un amigo de un primo... no recuerdo exactamente el nombre —se disculpa el cliente novato.

—Si no es por recomendación, no atendemos —sentencia la empleada.

La condición de periodista y la promesa de no publicar nombres, resultan claves para lograr atravesar la recepción. La escala siguiente es una coqueta sala de espera. Mullidos sillones con almohadones blanditos y celestes; una voz femenina que canta seductora *"I get round you"...;* y un cenicero que parece destinado a albergar las colillas de los cigarrillos fumados por toda la humanidad desde el comienzo de los tiempos, representan una escenografía contradictoria con este lugar por el que pasa muy poca gente y en el que nadie permanece más de los ocho o diez minutos necesarios para cerrar el trato.

Finalmente, una cortina gris de tipo americano se descorre y un vidrio —tan transparente como el de la entrada— desnuda en muda imagen el secreto de una mesa de dinero. Entonces, se establece un trato que autoriza a la cronista a contemplar lo que sucede dentro pero sin escuchar, y los operadores de esta extrabursátil jugarán a no sentirse observados.

La codiciada mesa de dinero es rectangular, de fórmica verde y diez aparatos con botones rojos —*posiciones,* en la jerga local— que permiten satisfacer la urgencia en la comunicación. A partir de las 11.30, durante cinco horas los operadores ocupan las sillas giratorias negras desde las que resuelven compraventa de dólares al contado, bonos, y la cada vez más frecuente, *venta de dólares a término.* En otra extrabursátil de la zona la mesa tiene forma de plato volador y desde allí cincuenta operadores se distraen mirando el río a través de los ventanales de la torre ubicada sobre la Galería Jardín en la calle Florida, Hay mesas octogonales, cuadradas, más grandes, más angostas o bajas. En realidad, la forma de la mesa no es lo relevante. En cambio, sí lo es la cantidad de líneas telefónicas que mediante conexiones punto a punto comunican, sin dilemas de privatización, engrudo y protesta, a los operadores con otras mesas, con bancos, con los principales clientes y con los corredores. La maraña de cables que surcaba el cielo del microcentro hasta que el plan Finantel o "Megatel para la City" comenzó a reemplazarla por conductos subterráneos, constituye el vaso comunicante esencial para la especulación.

—Es increíble: el tipo levanta el tubo, pide con Singapur y se comunica al instante —asegura con cierto candor un novato en el tema.

—Eso es sólo la fantasía de la gente. ¿Qué Singapur? Aquí todo se resuelve en diez cuadras a la redonda. La vida financiera se decide en la City —aclara un empleado de una mesa de dinero de propiedad de ex funcionarios de la última dictadura militar.

Los valores que se manejan pueden significar un súbito enriquecimiento millonario o una ruina patrimonial irrecuperable que serán comentados en el ambiente como hazañas o desgracias que tarde o temprano podrán sentirse en carne propia.

Problemas de alto vuelo

El verano pasado la extrabursátil *Mihanovich* ganó un lugar en el frívolo mundillo de Punta del Este. Entonces su sorpresiva quiebra con la consiguiente pérdida multimillonaria en operaciones de compraventa de dólares a futuro, fue desmenuzada una y otra vez en las reposeras de las playas uruguayas. En esa mesa, habían especulado con que en diciembre de 1986 el dólar marginal se cotizaría cerca de 1,20 australes y pactaron operaciones de venta a término a un valor de 1,30 australes por dólar para dicho mes, con la certeza de que harían una suculenta diferencia. Sin embargo, el valor del dólar negro sobrepasó 1,60 australes poniendo a la extrabursátil en la obligación de comprarlo a ese precio para venderlo a 1,30. Uno de los acreedores que quedó sin cobrar fue a buscar al dueño de Mihanovich a su casaquinta en el Gran Buenos Aires para exigirle que le entregara la propiedad, como parte de pago de la deuda. Pero el financista ya la había prometido a los dueños de una importante casa de cambio que había sido perjudicada con la quiebra. El inmueble de Mihanovich, finalmente, pasó a manos de quien se tomó la molestia de ir a visitarlo, secuestrarlo, trasladarlo hasta el aeropuerto de Don Torcuato y de pasearlo en avioneta suspendido en el aire con una soga.

"Viajar en avión" ya se interpreta, en la jerga de las altas finanzas, como sinónimo de amenaza. Nefastas —aunque menos terribles— fueron las consecuencias del salto por los aires del dólar marginal para otra de las importantes casas de cambio de la calle San Martín que perdió ocho millones de dólares en operaciones de venta a futuro, y para aquel Banco perteneciente a un poderoso grupo económico que se equivocó en una transacción similar. El saldo final de esa corrida fue el cierre de un centenar de mesas.

—¿Cómo está el bonito?

—2,62-2,64.

—Te compro cien mil.

Los diálogos son lacónicos. Tres frases bastan al operador para averiguar el precio de compra y venta de los bonos y concretar la operación. Sólo le resta "cantar" el trato cerrado al posicionista, un empleado que se encargará de escribir una minuta, llevarla a una esquina de la sala donde funciona una computadora y luego entregarla al liquidador que es quien efectiviza las operaciones concluidas verbalmente. Estos diálogos se multiplican al infinito en las extrabursátiles o agentes de mercado abierto. El nombre de estas entidades se debe a que las mismas están autorizadas a operar con bonos y acciones fuera de la Bolsa de Comercio. Sin embargo, las ganancias de las más importantes provienen fundamentalmente de operaciones prohibidas de intermediación de australes y divisas.

Las mesas de las casas de cambio se especializan en el mercado de divisas. Además de la compraventa de billetes negros, ofician de *cableras.* El *cableo* es la forma más común de evasión de divisas: el cliente deposita los australes en una casa de cambio que manda un cable o un télex cifrado a su oficina en el extranjero para que deposite los dólares equivalentes en la cuenta bancaria que ordena el evasor. Esta operación, que también realizan los bancos, supone la existencia de una masa de dólares en el exterior que se acumuló como fruto de los autopréstamos que se hicieron las empresas con los créditos que hoy conforman parte de la deuda externa, y con la diferencia de la subfacturación de exportaciones. También se hacen operaciones de cable a la inversa, es decir, trayendo dólares del exterior, cuando el mercado paralelo está sobredemandado y que, en momento de escasez son ingresados al país por profesionales del contrabando.

Los bancos son los únicos autorizados a intermediar dinero en sus mesas. Las más grandes tienen hasta cincuenta posiciones (cantidad de operadores) que se ocupan del call money (dinero por teléfono) interbancario, pero que también participan del circuito ilegal de las extrabursátiles. Algunos se especializan en pase de bonos externos (bonex), que consiste en la entrega al cliente de australes a cambio de bonex con un compromiso de reventa futura y el cobro de un interés. Usualmente, los bancos negocian los bonex que tienen como garantía y esto provoca innumerables problemas cada vez que ante el cierre de un banco, el cliente —que los había entregado en forma transitoria— pretende recuperarlos.

De financistas y diputados

En el mundo de la especulación abundan las historias fantásticas de dinero que aparece y desaparece sorpresivamente. Una de ellas tuvo como marco el Congreso de la Nación. Jorge Cohen y Enrique Troncoso —dueños de la extrabursátil homónima— llegaron al edificio anexo de la Cámara de Diputados con dos valijas que contenían 500 mil australes. Habían sido convocados al despacho de un diputado peronista ligado a las 62 Organizaciones por un préstamo contra entrega del equivalente en bonex a título de garantía. En la antesala, dos individuos les pidieron que esperaran unos minutos mientras adentro se contaba el dinero que había en las dos valijas. Pasados diez minutos los financistas, preocupados, entraron en la oficina del diputado. Ya era tarde. Los individuos habían huido por una puerta lateral y el despacho estaba vacío.

El diputado alegó que le habían usado su escritorio sin permiso. El entonces ministro del Interior, Antonio Tróccoli, prometió investigar el caso. El presidente de la Cámara, Juan Carlos Pugliese, sólo atinó a comentar: "Hay peronistas que hacen cada cosa...". Los damnificados no pudieron iniciar acción judicial alguna: la operación era ilegal y el dinero negro.

Las sofisticadas mesas de dinero donde no faltan el aire acondicionado y la trituradora de papeles destinada a hacer desaparecer aquello que ya cumplió su imprescindible existencia al margen de la ley, conviven con las llamadas *cuevas,* que integran el submundo de la pequeña usura en las oscuras oficinas de la calle Libertad, de Munro o del Once, a las que acuden anónimos ahorristas o pequeños comerciantes de la zona urgidos de socorro. Ahí se ignora la computación y rara vez les calculadoras marcan cifras superiores a cien mil en operaciones tan sencillas como prestar dinero, comprar y vender dólares o descontar cheques. Los *farolitos* constituyen junto con los *cueveros,* parte de esta fauna marginal de la especulación. "Cambio, cambio", repiten los farolitos en voz baja casi al oído de los transeúntes que recorren Corrientes, San Martín o Reconquista. La tarea requiere un cierto entrenamiento: se trata de observar, con paciencia, a los merodeadores de pizarras de las casas de cambio, detectar indecisos y, finalmente, hacer la propuesta. Allí, se discute, entre susurros y al cabo del regateo se lleva al cliente a un pequeño local —generalmente en una galería— donde se concreta lo pactado.

Ciudad en oferta

Un martes más de enero. La sensación térmica desafía la lógica de los números y asegura que 36 grados significan 38. Un camión transportador de caudales de Transbank S.A. cruza la calle Reconquista a paso de hombre, cientos de hombres, de traje gris, azul, o beige, cargan sus sacos al hombro, algunos se arremangan la camisa y caminan por Reconquista a paso acelerado. Hablan, gesticulan, corren, cargan portafolios y carpetas. Miran el reloj con obsesiva insistencia y cada tanto giran sus cabezas a causa de una espalda femenina descubierta o un escote tentador.

—A las once de la mañana llegó a 5,45. Yo había comprado a las diez a 5,35. Pero, mire ahora: 5,24 —se lamenta frente a la pizarra de la casa de cambio *Piano,* sobre la calle San Martín un hombre que por indicación de su mujer había comprado doscientos dólares.

—No se preocupe amigo, que a fin de mes lega a más de seis y con el tiempo va a llegar a ocho. sólo es cuestión de tiempo —lo consuela un gordo bajito.

La especulación se adueña definitivamente de la *City.* En Sarmiento y Maipú, frente al Banco San Miguel y a pocos metros del Palmares, la gente intenta hacer diferencia. No sólo de dólares vive el hombre. En este caso, la oferta es de remeras. "Buscáme una salmón", reclama un hombre con corbata Dior, mientras se agacha junto al cordón de la vereda donde se ofrecen remeras a quince australes.

"Bombón, 0,70. Bombón gigante, 1,60", dice el cartel en uno de los múltiples puestos ambulantes que ofrece helado en la zona bancaria. Dos mujeres se acercan a comprar. "Mire que en el de la otra cuadra hay bombones por 0,50", les advierte un comedido de tantos. Ellas parten raudas a la cuadra siguiente temiendo, seguramente, que el helado se derrita tan rápido como la plata en esta ciudad consagrada a la especulación.

DONDE FALLAN LOS ORACULOS

Por Marcelo Zlotogwiazda

La mitología griega asegura que Apolo eligió la ciudad de Delfos como lugar para hacer sus oráculos. Actualmente la misma ciudad que se extiende al pie del Parnaso se denomina Castri, como queriendo dar a entender que el mundo ya no es el mismo. Pese a eso, la gente —incluso sus propios habitantes— la siguen llamando Delfos. Tal vez sea un síntoma de que los oráculos siguen existiendo. Y si hay algunos que ahora cumplen el papel que tenían entonces las pitonisas de Apolo, esos parecen ser los economistas.

En el número de enero del año pasado de la revista *Mercado* se publicaron las previsiones de seis economistas autóctonos acerca del comportamiento de las principales variables para el año 1987. Se recurrió a dos reconocidos consultores de empresas (Juan Jaime y Javier González Praga), a uno que ejerce el periodismo especializado (Juan Carlos de Pablo), a un dirigente de la UCeDé (David Expósito), a quien por entonces se dedicaba a la vida académica, pero que ahora ocupa un ministerio provincial (Alieto Guadagni) y a un miembro del equipo económico (Roberto Frenkel).

Respecto a la variación de los precios al consumidor, el más optimista fue Frenkel que auguró una inflación anual del 40 por ciento. De Pablo se jugó por 80 por ciento, y muy cerca estuvo González Fraga que apostó al 85 por ciento. Expósito no estaba tan seguro y se cubrió diciendo que se iba a ubicar entre el 70 y el 100 por ciento. Guadagni y Jaime veían en el horizonte gruesos nubarrones y pronosticaron un 110 por ciento.

La inflación de 1987 acarició el 180 por ciento.

En los mismos doce meses el comercio exterior del país arrojó un superávit de aproximadamente 800 millones de dólares. A principios del año pasado los seis economistas tuvieron una percepción bastante parecida de cuál iba a ser ese resultado: las predicciones oscilaron entre un mínimo de 1700 millones de dólares y un máximo de 2350 millones.

Como no podía ser de otra manera, el dólar también formó parte de la adivinanza. Frenkel apostó bajito a una cotización de 1,80 australes para fin de año (no sea cosa de alentar expectativas). Más impreciso fue De Pablo que dijo que el tipo de cambio iba a moverse "en alza", como si esto no hubiese sucedido en cada uno de los últimos cien años de la historia económica argentina. Los cálculos de Javier González Fraga indicaron 2,35 australes por dólar para fin de año, y los de Expósito 2,50. El que se aproximó más fue Jaime: pronosticó 2,90 australes.

Estuvo más cerca que el resto, pero muy lejos de la realidad. El último día hábil de 1987 mostró un tipo de cambio comercial de 3,75 australes por dólar, mientras las pizarras de las casas de cambio ofrecían billetes norteamericanos en el mercado libre a un poquito más de 5 australes.

Hubo una vez una reunión interdisciplinaria en la que se discutió acerca de cuál es la profesión más antigua. Los médicos sostuvieron que es la medicina, porque cuando Dios creó a Eva con una costilla de Adán ejerció de alguna manera la medicina. Los arquitectos no estuvieron de acuerdo: argumentaron que antes de Adán y Eva existían el caos, y por lo tanto, Dios se había visto obligado primero a edificar el mundo, de modo que la arquitectura era anterior a la medicina. En ese momento se paró un economista y dijo: "ustedes mismos afirman que antes que nada existió el caos: ¿quién se creen que lo hizo?".

Domingo 10 de enero de 1988

A



Gustavo Gilabert

rencia. Sin embargo, el valor del dólar negro sobrepasó 1,60 australes poniendo a la extrabursátil en la obligación de comprarlo a ese precio para venderlo a 1,30. Uno de los acreedores que quedó sin cobrar fue a buscar al dueño de Mihanovich a su casaquinta en el Gran Buenos Aires para exigirle que le entregara la propiedad, como parte de pago de la deuda. Pero el financista ya la había prometido a los dueños de una importante casa de cambio que había sido perjudicada con la quiebra. El inmueble de Mihanovich, finalmente, pasó a manos de quien se tomó la molestia de ir a visitarlo, secuestrarlo, trasladarlo hasta el aeropuerto de Don Torcuato y de pasearlo en avioneta suspendido en el aire con una soga.

"Viajar en avión" ya se interpreta, en la jerga de las altas finanzas, como sinónimo de amenaza. Nefastas —aunque menos terribles— fueron las consecuencias del salto por los aires del dólar marginal para otra de las importantes casas de cambio de la calle San Martín que perdió ocho millones de dólares en operaciones de venta a futuro, y para aquel Banco perteneciente a un poderoso grupo económico que se equivocó en una transacción similar. El saldo final de esa corrida fue el cierre de un centenar de mesas.

—¿Cómo está el bonito?
—2,62-2,64.
—Te compro cien mil.

Los diálogos son lacónicos. Tres frases bastan al operador para averiguar el precio de compra y venta de los bonos y concretar la operación. Sólo le resta "cantar" el trato cerrado al posicionista, un empleado que se encargará de escribir una minuta, llevarla a una esquina de la sala donde funciona una computadora y luego entregarla al liquidador que es quien efectiviza las operaciones concluidas verbalmente. Estos diálogos se multiplican al infinito en las extrabursátiles o agentes de mercado abierto. El nombre de estas entidades se debe a que las mismas están autorizadas a operar con bonos y acciones fuera de la Bolsa de Comercio. Sin embargo, las ganancias de las más importantes provienen fundamentalmente de operaciones prohibidas de intermediación de australes y divisas.

Las mesas de las casas de cambio se especializan en el mercado de divisas. Además de la compraventa de billetes negros, ofician de *cableras*. El *cableo* es la forma más común de evasión de divisas: el cliente deposita los australes en una casa de cambio que manda un cable o un télex cifrado a su oficina en el extranjero para que deposite los dólares equivalentes en la cuenta bancaria que ordena el evasor. Esta operación, que también realizan los bancos, supone la existencia de una masa de dólares en el exterior que se acumuló como fruto de los autopréstamos que se hicieron las empresas con los créditos que hoy conforman parte de la deuda externa, y con la diferencia de la subfacturación de exportaciones. También se hacen operaciones de cable a la inversa, es decir, trayendo dólares del exterior, cuando el mercado paralelo está sobredemandado y que, en momento de escasez son ingresados al país por profesionales del contrabando.

Los bancos son los únicos autorizados a intermediar dinero en sus mesas. Las más grandes tienen hasta cincuenta posiciones (cantidad de operadores) que se ocupan del call money (dinero por teléfono) interbancario, pero que también participan del circuito ilegal de las extrabursátiles. Algunos se especializan en pase de bonos externos (bonex), que consiste en la entrega al cliente de australes a cambio de bonex con un compromiso de reventa futura y el cobro de un interés. Usualmente, los bancos negocian los bonex que tienen como garantía y esto provoca innumerables problemas cada vez que ante el cierre de un banco, el cliente —que los había entregado en forma transitoria— pretende recuperarlos.

De financistas y diputados

En el mundo de la especulación abundan las historias fantásticas de dinero que aparece y desaparece sorpresivamente. Una de ellas tuvo como marco el Congreso de la Nación. Jorge Cohen y Enrique Troncoso —dueños de la extrabursátil homónima— llegaron al edificio anexo de la Cámara de Diputados con dos valijas que contenían 500 mil australes. Habían sido convocados al despacho de un diputado peronista ligado a las 62 Organizaciones por un préstamo contra entrega del equivalente en bonex a título de garantía. En la antesala, dos individuos les pidieron que esperaran unos minutos mientras adentro se contaba el dinero que había en las dos valijas. Pasados diez minutos los financistas, preocupados, entraron en la oficina del diputado. Ya era tarde. Los individuos habían huido por una puerta lateral y el despacho estaba vacío.

El diputado alegó que le habían usado su escritorio sin permiso. El entonces ministro del Interior, Antonio Tróccoli, prometió investigar el caso. El presidente de la Cámara, Juan Carlos Pugliese, sólo atinó a comentar: "Hay peronistas que hacen cada cosa...". Los damnificados no pudieron iniciar acción judicial alguna: la operación era ilegal y el dinero negro.

Las sofisticadas mesas de dinero donde no faltan el aire acondicionado y la trituradora de papeles destinada a hacer desaparecer aquello que ya cumplió su imprescindible existencia al margen de la ley, conviven con las llamadas *cuevas*, que integran el submundo de la pequeña usura en las oscuras oficinas de la calle Libertad, de Munro o del Once, a las que acuden anónimos ahorristas o pequeños comerciantes de la zona urgidos de socorro. Ahí se ignora la computación y rara vez les calculadoras marcan cifras superiores a cien mil en operaciones tan sencillas como prestar dinero, comprar y vender dólares o descontar cheques. Los *farolitos* constituyen junto con los *cueveros*, parte de esta fauna marginal de la especulación. "Cambio, cambio", repiten los farolitos en voz baja casi al oído de los transeúntes que recorren Corrientes, San Martín o Reconquista. La tarea requiere un cierto entrenamiento: se trata de observar, con paciencia, a los merodeadores de pizarras de las casas de cambio, detectar indecisos y, finalmente, hacer la propuesta. Allí, se discute, entre susurros y al cabo del regateo se lleva al cliente a un pequeño local —generalmente en una galería— donde se concreta lo pactado.

Ciudad en oferta

Un martes más de enero. La sensación térmica desafía la lógica de los números y asegura que 36 grados significan 38. Un camión transportador de caudales de Transbank S.A. cruza la calle Reconquista a paso de hombre, cientos de hombres, de traje gris, azul, o beige, cargan sus sacos al hombro, algunos se arremangan la camisa y caminan por Reconquista a paso acelerado. Hablan, gesticulan, corren, cargan portafolios y carpetas. Miran el reloj con obsesiva insistencia y cada tanto giran sus cabezas a causa de una espalda femenina descubierta o un escote tentador.

—A las once de la mañana llegó a 5,45. Yo había comprado a las diez a 5,35. Pero, mire ahora: 5,24 —se lamenta frente a la pizarra de la casa de cambio *Piano*, sobre la calle San Martín un hombre que por indicación de su mujer había comprado doscientos dólares.

—No se preocupe amigo, que a fin de mes lega a más de seis y con el tiempo va a llegar a ocho. sólo es cuestión de tiempo —lo consuela un gordo bajito.

La especulación se adueña definitivamente de la *City*. En Sarmiento y Maipú, frente al Banco San Miguel y a pocos metros del Palmares, la gente intenta hacer diferencia. No sólo de dólares vive el hombre. En este caso, la oferta es de remeras. "Buscáme una salmón", reclama un hombre con corbata Dior, mientras se agacha junto al cordón de la vereda donde se ofrecen remeras a quince australes.

"Bombón, 0,70. Bombón gigante, 1,60", dice el cartel en uno de los múltiples puestos ambulantes que ofrece helado en la zona bancaria. Dos mujeres se acercan a comprar. "Mire que en el de la otra cuadra hay bombones por 0,50", les advierte un comedido de tantos. Ellas parten raudas a la cuadra siguiente temiendo, seguramente, que el helado se derrita tan rápido como la plata en esta ciudad consagrada a la especulación.

DONDE FALLAN LOS ORACULOS

Por Marcelo Zlotogwiazda

La mitología griega asegura que Apolo eligió la ciudad de Delfos como lugar para hacer sus oráculos. Actualmente la misma ciudad que se extiende al pie del Parnaso se denomina Castri, como queriendo dar a entender que el mundo ya no es el mismo. Pese a eso, la gente —incluso sus propios habitantes— la siguen llamando Delfos. Tal vez sea un síntoma de que los oráculos siguen existiendo. Y si hay algunos que ahora cumplen el papel que tenían entonces las pitonisas de Apolo, esos parecen ser los economistas.

En el número de enero del año pasado de la revista *Mercado* se publicaron las previsiones de seis economistas autóctonos acerca del comportamiento de las principales variables para el año 1987. Se recurrió a dos reconocidos consultores de empresas (Juan Jaime y Javier González Praga), a uno que ejerce el periodismo especializado (Juan Carlos de Pablo), a un dirigente de la UCeDé (David Expósito), a quien por entonces se dedicaba a la vida académica, pero que ahora ocupa un ministerio provincial (Alieto Guadagni) y a un miembro del equipo económico (Roberto Frenkel).

Respecto a la variación de los precios al consumidor, el más optimista fue Frenkel que auguró una inflación anual del 40 por ciento. De Pablo se jugó por 80 por ciento, y muy cerca estuvo González Fraga que apostó al 85 por ciento. Expósito no estaba tan seguro y se cubrió diciendo que se iba a ubicar entre el 70 y el 100 por ciento. Guadagni y Jaime veían en el horizonte gruesos nubarrones y pronosticaron un 110 por ciento.

La inflación de 1987 acarició el 180 por ciento.

En los mismos doce meses el comercio exterior del país arrojó un superávit de aproximadamente 800 millones de dólares. A principios del año pasado los seis economistas tuvieron una percepción bastante parecida de cuál iba a ser ese resultado: las predicciones oscilaron entre un mínimo de 1700 millones de dólares y un máximo de 2350 millones.

Como no podía ser de otra manera, el dólar también formó parte de la adivinanza. Frenkel apostó bajito a una cotización de 1,80 australes para fin de año (no sea cosa de alentar expectativas). Más impreciso fue De Pablo que dijo que el tipo de cambio iba a moverse "en alza", como si esto no hubiese sucedido en cada uno de los últimos cien años de la historia económica argentina. Los cálculos de Javier González Fraga indicaron 2,35 australes por dólar para fin de año, y los de Expósito 2,50. El que se aproximó más fue Jaime: pronosticó 2,90 australes.

Estuvo más cerca que el resto, pero muy lejos de la realidad. El último día hábil de 1987 mostró un tipo de cambio comercial de 3,75 australes por dólar, mientras las pizarras de las casas de cambio ofrecían billetes norteamericanos en el mercado libre a un poquito más de 5 australes.

Hubo una vez una reunión interdisciplinaria en la que se discutió acerca de cuál es la profesión más antigua. Los médicos sostuvieron que es la medicina, porque cuando Dios creó a Eva con una costilla de Adán ejerció de alguna manera la medicina. Los arquitectos no estuvieron de acuerdo: argumentaron que antes de Adán y Eva existían el caos, y por lo tanto, Dios se había visto obligado primero a edificar el mundo, de modo que la arquitectura era anterior a la medicina. En ese momento se paró un economista y dijo: "ustedes mismos afirman que antes que nada existió el caos: ¿quién se creen que lo hizo?".

El crac del último octubre hizo revivir la famosa caída que en el mismo mes, pero en 1929, derrumbó muchas esperanzas. Ahora como entonces algunos pensaron en suicidarse. Otros recordaron la frase de Mark Twain que decía: "Octubre es uno de esos meses particularmente peligrosos para especular en la Bolsa. Los otros son marzo, diciembre, febrero, julio, noviembre, abril, agosto, setiembre, mayo, junio y enero".

1929

EL DIA EN QUE CAYO LA BOLSA

*Por Gordon Thomas y Max Morgan-Witts**

A las 11.35, Hut pedía a gritos por teléfono "las cotizaciones en este momento". Hut había hablado muchas veces por teléfono con el hombre todos los días, desde su incorporación a la firma. Por teléfono, el empleado daba siempre sensación de calma y serenidad; ahora, había desaparecido su sangre fría.

Hut le preguntó los cambios de media docena de valores.

El empleado gimió.

—No puedo obtenerlas. ¡No puedo obtener ninguna información! ¡Todo se está cayendo a pedazos!

A las 11.45, Winston Churchill contemplaba desde la galería de visitantes el parquet de la Bolsa.

La mayoría de la gente que le rodeaba estaba demasiado aturdida por lo que sucedía en el parquet como para mirar dos veces al inglés.

Acostumbrado a estar presente en momentos de intenso dramatismo, Churchill observó fríamente una escena que le pareció "de orden y calma sorprendentes... allí estaban... ofreciéndose unos a otros paquetes enormes de acciones a un tercio de sus antiguos precios y a la mitad de su valor actual, y sin encontrar durante muchos minutos a nadie lo bastante fuerte como para recoger las fortunas que se veían obligados a ofrecer".

Winston Churchill abandonó Wall Street sin que, aparentemente, se hubiera debilitado lo más mínimo su fe en Norteamérica.

Helena Rubinstein permanecía serenamente sentada en un sillón. Davenport Pogue, su fiel asesor financiero, estaba inclinado a su lado, garabateando cifras y, con frecuencia, hablándole animadamente en susurros al oído.

Madame Rubinstein no manifestaba ninguna reacción. Vendía unas acciones; conservaba otras. Su estrategia bursátil era para Moore tan misteriosa como los ingredientes secretos de sus cosméticos.

De pronto, misteriosamente, Madame levantó un enjoyado dedo en dirección a Moore. Ese se abrió paso hacia la mujer a quien consideraba "brillante, pero de aspecto un tanto vulgar con todos esos anillos".

Con voz sosegadá, dio su orden:

—Venda cincuenta mil Westinghouse al cambio que haya.

Cuando se recibió la confirmación de la venta, quedó de manifiesto que las acciones de Westinghouse se habían vendido a 168 dólares cada una. Helena Rubinstein acababa de perder más de un millón de dólares.

A las seis de la tarde, Edith Stone se movía entre su dormitorio y la radio del cuarto de estar. A lo largo de la tarde, se había interrumpido varias veces en su labor de escribir para escuchar el último boletín de noticias de Wall Street.

Se decía que el distrito financiero semejaba un campo en armas, con cuatrocientos policías de servicio en él. Un reportero había transmitido una gráfica imagen de los corredores y agentes de Cambio, con los rostros cubiertos de sudor y las camisas desgarradas.

Quizá su padre había tenido razón cuando le prohibió poner hoy los pies en el distrito financiero.

El último boletín de noticias afirmaba que, pese a las traumáticas tres primeras horas de contratación, al cierre existía una tendencia alcista. Se decía que US Steel había terminado con ganancia respecto al cierre del día anterior. Se generalizaba la creencia de que la recuperación continuaría al día siguiente.

Edith se sintió aliviada. Su padre había ido a trabajar con indudable aprensión. Sospechaba ella que la baja del día precedente le había supuesto un duro golpe.

Cuando Edward Stone abrió la puerta del apartamento, su hija vio en seguida que algo marchaba terriblemente mal.

Empezó a dirigirse hacia él.

—¡Basta! ¡Déjalo todo! ¡Tenemos que marcharnos!

Lentamente los ojos de Edward Stone escrutaron la habitación.

Su voz volvió a quebrar el silencio.

—No podemos conservar nada. No tengo ni un centavo. La Bolsa se ha hundido. Nos hemos quedado sin nada. ¡Nada!

Edith contuvo una entrecortada exclamación. Al volverse hacia la cocina para llamar a su madre, su padre echó a correr por delante de ella.

—¡Voy a matarme! Es la única solución. Tendréis el seguro...

Gritando, próxima también a la histeria, Edith corrió tras su padre. Mabel Stone salió presurosamente de la cocina.

—¡Ed, por amor de Dios!

Su marido llegó a las puertas de cristales que daban a la terraza del apartamento. Estaban cerradas. Esto permitió a Edith y a su madre alcanzarle. Edith agarró a su padre por la cintura; su mujer intentó apartarle las manos de la puerta. El se soltó, hizo girar la llave y abrió la puerta de un tirón.

Edith no olvidaría jamás cómo repetía sin cesar "las mismas terribles palabras".

—Se ha esfumado el dinero. Todo. No podemos recuperarlo. Tendréis el seguro...

—¡Ed, por amor de Dios, tienes una esposa y una familia...!

—¡Recuperarlo!

Se volvió y agarró la barandilla del balcón. La calle estaba veinte pisos más abajo.

Edith y su madre se lanzaron sobre él al mismo tiempo. Esta vez, Edith no lo soltó. Rodeó con los dos brazos el cuello de su padre y estiró, decidida, si era preciso, a hacerle perder el conocimiento. Mabel Stone sujetó a su marido por las rodillas.

La fuerza de su asalto combinado hizo caer a Edward Stone al suelo.

Por unos momentos, pareció renacer la calma.

—Por favor, escuchad...

Edith aflojó su presa.

Fue un error. Su padre se soltó de la presión que su mujer ejercía sobre sus piernas, se soltó también de su hija y se puso en pie de un salto.

—¡Mamá! ¡Tenemos que detenerle! ¡Se va a tirar!

Edith consiguió agarrarle un pie. Retorciéndose salvajemente, hizo caer de nuevo a su padre al suelo.

Próxima a desfallecer, la frágil Edith sabía que no podría retenerle durante mucho tiempo más. Recurrió a la única arma que tenía: las palabras: "Le llamé marica, le grité, le insulté, le odié por lo que me estaba haciendo decir y hacer".

Edward Stone empezó a gritar. Su mujer le abofeteó con fuerza dos veces en cada mejilla. El continuó gimiendo unos instantes. Luego, lentamente, recuperó el juicio.

Llegó uno de los criados.

Mabel Stone se puso en pie y le dijo que su marido había sufrido una caída.

En silencio, llevaron adentro a Edward Stone. Sólo allí pudo contarles los hechos. Había perdido cerca de 5 millones de dólares. Tendrían que despedir a la servidumbre, desalojar su nuevo apartamento y modificar totalmente su estilo de vida.

—No importa, Ed. Ya nos arreglaremos.

---

* Gordon Thomas y Max Morgan-Witts son autores del libro *1929, el día en que cayó la bolsa.*